

2014-01-01

Tras las huellas de una infancia que se investiga. Recordando a María Cristina Salazar

María del Pilar Buitrago Peña

Universidad de La Salle, Bogotá, mapbuitrago@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/im>

Citación recomendada

Buitrago Peña, María del Pilar (2014) "Tras las huellas de una infancia que se investiga. Recordando a María Cristina Salazar," *IM-Pertinente*: No. 1 , Article 10.

Disponible en:

This Artículo de Divulgación is brought to you for free and open access by the Revistas descontinuadas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in IM-Pertinente by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



Tras las huellas de una infancia que se investiga. Recordando a María Cristina Salazar

On the Trail of a Childhood under Investigation: Remembering María Cristina Salazar

Detrás das marcas de uma infância que se pesquisa: recordando a María Cristina Salazar

María del Pilar Buitrago Peña

Editora revista *IM-Pertinente*

Universidad de La Salle, Colombia

mapbuitrago@unisalle.edu.co



Recibido: 25 de febrero de 2014 / Aceptado: 2 de mayo de 2014

Cómo citar este artículo: Buitrago Peña, M. P. (2014). Tras las huellas de una infancia que se investiga: recordando a María Cristina Salazar. *IM-Pertinente*, 2 (1), 177-187.

María Cristina Torrado, reconocida investigadora y, ante todo, maestra dedicada al trabajo por la infancia, es una de las líderes del Observatorio de Infancia de la Universidad Nacional, y, en su calidad de profesional y amiga, nos relató lo que ha significado el legado de María Cristina Salazar, abanderada del reconocimiento de los derechos de los niños y las niñas, de la importancia de investigar en y sobre la infancia, así como su constante preocupación por visibilizar las necesidades de aquellos menos favorecidos e invisibles para nuestra sociedad. Desde la voz de la compañera y amiga, en el siguiente relato se evocan sus pensamientos, historias vividas y sus enseñanzas para la investigación en infancia. Definitivamente un reencuentro académico, sensible y esperanzador.

María Cristina Torrado, renowned researcher and, first and foremost, a teacher devoted to working for children, is one of the leaders of the Observatorio de Infancia de la Universidad Nacional de Colombia. A quality professional and heartfelt friend, she told us about what the legacy of Maria Cristina Salaz has meant, championed by the recognition of children's rights, the importance of research in and on children as well as the constant concern for visualizing the needs of those less fortunate and invisible to our society. Through the voice of our companion and friend, the following account evokes her thoughts, stories and teachings about research on childhood. It is definitely an academic, sensible and hopeful reunion.

María Cristina Torrado, reconhecida pesquisadora e principalmente mestra dedicada ao trabalho pela infância, é uma das líderes do Observatório de Infância da Universidade Nacional da Colômbia e que em sua qualidade profissional e de uma amizade sentida, nos relatou o que tem significado o legado de María Cristina Salazar, abandeirada do reconhecimento dos direitos dos meninos e das meninas, da importância de pesquisar em e sobre a infância, assim como também a constante preocupação por visibilizar as necessidades de aqueles menos favorecidos e invisíveis para nossa sociedade. Desde a voz de a companheira e amiga, no seguinte relato se evocam os seus pensamentos, histórias vividas e seus ensinamentos para a pesquisa em infância. Definitivamente, um reencontro acadêmico, sensível e esperançoso.

Entrevistador: Para comenzar, Cristina, quisiéramos saber cómo inicia el trabajo con niños y niñas y cuáles han sido esas metodologías que se han abordado de manera recurrente en tu trabajo.

María Cristina: Puedo contarte que desde mis años de formación de pregrado en la Universidad Nacional empecé a desarrollar un interés por los niños y las niñas fundamentalmente desde la psicología del desarrollo que es el área en la que yo me formé en el posgrado, que enseñé muchos años en la misma universidad y en la que siento tener, digamos, un *background* como psicóloga del desarrollo.

En esos años, veía el contraste de niños y niñas, desde la psicología del desarrollo, como lo dije muchas veces en clase, del niño de Piaget y nuestros niños y niñas, y desde ahí empecé a sensibilizarme por el impacto de las condiciones de inequidad social, desigualdad económica, violencia, etc., las cuales rodean la vida real de los niños y las niñas del país. Así que mis primeros trabajos, que fueron en facultades de educación preescolar, estuvieron dedicados al tema de la primera infancia; yo seguía fascinada con el tema del desarrollo de los niños y las niñas pequeños(as), una de las áreas científicas más apasionantes de la psicología y, por otro lado, no podía desconectarme de esa primera infancia rodeada de desigualdad, pobreza, etc. Con la buena suerte de que cuando llego como profesora de la Universidad Nacional, con algunos trabajos en el campo de la primera infancia, había sido asesora del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar para concebir los lineamientos iniciales del programa Hogares Comunitarios del Bienestar, a finales de los ochenta; o sea que cuando entro a la Universidad Nacional, ya vengo con ese impulso, concretamente con el tema de la primera infancia, donde el aspecto del desarrollo tiene una presencia muy clara.

Tuve la buena suerte de que años después me encontré en la Universidad Nacional con algunos colegas cuya trayectoria es compleja de resumir; la persona que convocó el grupo y nos reunió para conocernos fue María Cristina Salazar, quien venía de ser una de las pocas latinoamericanas que estuvo en la trasescena de la Convención de los Derechos de los Niños y estaba muy metida en el grupo internacional de trabajo infantil; ella quería encontrar un nicho en esos temas y tuvo la brillantísima idea de reunir a cinco profesores y profesoras que estábamos dispersos en la Universidad, pero que teníamos afinidades en cuanto a intereses. Ahí conocí a quien ha sido mi compañero casi de vida porque llevamos veinte años (casi es un matrimonio) de trabajo juntos, él es Ernesto Durán Strauch, profesor del Departamento de Pediatría. Entonces, María Cristina nos reúne y es la primera vez que oigo hablar de la

Convención de los Derechos de los Niños y de la importancia de estudiar este documento, en la reunión de ese primer grupo, en el año 1994, cuando regresaba de mi formación de maestría. Y de ahí, el impulso inicial duró un tiempo de la mano de ella y de otros colegas; luego, esa iniciativa dio curso, hace ya quince años, al Observatorio sobre Infancia.

Sobre las metodologías, es difícil hacer un resumen..., a la gente le sorprende que Ernesto y yo, que somos los gestores del Observatorio y los coordinadores, hoy en día no trabajemos directamente con niños y niñas. En cuanto al Observatorio, tenemos muy claro que no se hace intervención en ninguna temática relacionada con la infancia y la adolescencia, sino que hacemos investigaciones para mirar tanto la situación como las políticas públicas; digamos que el Observatorio siempre ha tenido ese doble interés: hacer investigación para profundizar en las condiciones y las situaciones de realización de derechos y, por otro lado, mirar hacia las obligaciones del Estado y las políticas públicas. En quince años de trabajo en el Observatorio, hemos desarrollado cerca de treinta proyectos, y vas a ver que la balanza se ha inclinado hacia las políticas porque la vida nos llevó por ese camino; sin embargo, tenemos publicados trabajos interesantes que no son sobre temas de políticas; por ejemplo, una de las pocas investigaciones empíricas que hay sobre niños y niñas que venden en la calle es un trabajo nuestro y, en este caso, la metodología consistió en entrar en contacto con niños y niñas en la calle y hacerles una entrevista sobre su situación familiar, escolar, etc. Ernesto, por otra parte, se ha interesado mucho por el tema de monitoreo y evaluación de derechos, que sistematizamos con indicadores, y también tenemos trabajos en el análisis de la política pública; entonces, las metodologías son diversas; te resumo este aspecto en una frase: “Nosotros utilizamos estrategias de la investigación social, donde podemos hacer investigación participativa y tratamos siempre de recoger voces, incluso cuando se trata de hacer análisis de la política y son actores de la política quienes guían en la investigación. Yo diría eso: entrevistas, análisis de documentos y grupos focales”.

E: Perfecto, María Cristina. Retomando un poco lo que empezó a hacer María Cristina Salazar como pionera, ¿cuál crees, ahora, que fue su mayor aporte, no solamente en el marco de la investigación, sino en el marco de la apuesta académica y social del país que pensamos y de la realidad de los niños y las niñas?

MC: Mira, no es fácil, con varios colegas de la Universidad Nacional dijimos: “alguien debería hacer una tesis de maestría o doctorado sobre el legado político, académico, de María Cristina Salazar porque es un poco complejo”;

no es fácil responder tu pregunta. Es una paradoja que María Cristina, quien viene de una cuna muy privilegiada, heredera de no solo capitales económicos, sino también políticos, haya optado por una opción de izquierda, en la que enmarcó su trayectoria de vida; ella, por ejemplo, es una parte muy importante en la gestación de las escuelas de trabajo social en Colombia.

Cuando llega a la Universidad Nacional, propone la creación de la Escuela de Trabajo Social. Y, en relación con sus publicaciones, las escuelas de trabajo social le deben documentos importantes, por lo menos de valor histórico. De igual manera, ella tiene trabajos sobre el mundo agrario y el mundo campesino, temas muy importantes en la Colombia de hoy, donde se están poniendo los ojos en los diálogos de La Habana o las próximas agendas presidenciales; al respecto, María Cristina incursiona en el tema agrario en cuanto al trabajo infantil, ese es un tópico gordo en su obra y trabajo.

Todavía hay cosas inéditas de su trabajo académico que la conducen, luego, específicamente al campo de los derechos. Ahora, para nosotros, para Ernesto y para mí, tal vez su mayor legado es haber convocado este grupo, ya que seguimos su línea para consolidar un espacio que no es muy común en el mundo académico y que nos ha permitido formar gente, investigar, participar en escenarios de política pública. Entonces no es fácil, yo digo que ella tiene que ver con la estructuración de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional a partir de 1966 con la reforma Patiño, no solamente con la creación del Departamento de Sociología, sino también, luego, con el de Trabajo Social. María Cristina tiene que ver con los derechos humanos en Colombia y los derechos de los niños y, particularmente, en relación con el trabajo; o sea, es una mujer, por un lado, polifacética y, por otro, muy militante de sus ideas y su ética. Es una mujer sorprendente porque uno la veía siempre como en la batalla, vital, promoviendo o estudiando, o escribiendo aquí y allá, entonces, tal vez, ese es su mayor legado: el compromiso, la energía con un compromiso de vida, por una sociedad más justa.

E: Muy bien. Retomando un poco la principal obra que ella tiene, *Los esclavos invisibles*, ya que tuviste la oportunidad de compartir con ella, ¿cuál crees que fue el propósito y la intención de dejarnos esa obra?

MC: Te voy a contar una anécdota antes de contestar la pregunta. Cuando María Cristina empezó con sus problemas de salud y estaba ligada al grupo que en ese momento no se llamaba Observatorio, pero que era el antecedente del Observatorio, tomó la decisión de retirarse y pensionarse; Ernesto y yo siempre íbamos a visitarla, a contarle nuestras historias y a proponerle cosas

con la ilusión de que ella, a pesar de la enfermedad, no se desvinculara. Nunca nos aceptó; accedía a que echáramos carreta, digamos, y nos daba ideas, pero la última vez que Ernesto y yo estuvimos en su casa fue cuando salió el libro *Los esclavos invisibles* bajo la mano de los hermanos de Tunja. Ellos quisieron hacer una reunión de lanzamiento del libro, pero privada, en casa de María Cristina, y nunca vamos a olvidar (eso fue un poco antes de su muerte) que María Cristina estaba mucho más afectada. Acariciamos la ilusión de que íbamos a presentar el libro en la Universidad y María Cristina nos alcanzó a decir: “Sí, yo voy”, pero no fue así; sin embargo, ese libro, esa reunión y esa conversación de Ernesto y mía con María Cristina los guardamos en el corazón, son los vínculos de amistad y de colegas que teníamos con ella.

Ahora, yo no sé si ese libro sería la principal obra o herencia de María Cristina porque si tú lo miras, ahí hay una reimpresión de varios textos, pero tiene la virtud de hacer más visible su obra porque ella también tiene otros textos igual de importantes. Yo creo que María Cristina no fue la gestora del libro, fue su alumno de Tunja, pero cuando ella puso en su agenda el tema de los niños y las niñas que trabajaban en el campo, en el ladrillo artesanal, etc., lo que la movía era llamar la atención sobre cómo estos niños y niñas encarnaban la realidad de una sociedad desigual a morir, discriminadora, que, además, pasaba de largo frente al hambre y el dolor de los niños. María Cristina se enfurecía, se conmovía hablando de los niños en los cultivos de flores, un tema que le costó muy caro por los intereses económicos de ese renglón de la economía; yo creo que ella transmitía, y en eso nos identificamos, un sentimiento de indignación de una sociedad que pasa de largo, que ignora, que no ve, no ve las masacres, pareciera ignorar la corrupción y convive con ella. Convive con los niños que mueren de hambre y que están sometidos a actividades que pueden trancar su desarrollo a futuro. María Cristina nos convocaba a indignarnos y hacer algo para que eso cambiara.

E: Hablando un poco no solo de la experiencia profesional, sino de vida, ¿cómo se encuentran las dos María Cristinas?, y ¿cómo se deja una impronta en María Cristina Torrado?

MC: En el año de 1993, cuando ya era profesora de la Universidad, tenía dos vidas paralelas. Una era la de profesora de Piaget en las cátedras de desarrollo y, en la otra, salía de la Universidad corriendo para discutir temas de política de primera infancia y construir un instrumento de desarrollo para los programas del ICBF, etc. Resulta que me encontré con María Cristina, lo que signi-

ficó que esas dos vidas se unieran y que, curiosamente, la que compartíamos ganara el puesto principal.

En 1993, yo estaba en Cali, cursaba la Maestría en Psicología del Desarrollo; en ese año, ella convocó a la primera reunión, donde estaban Ernesto, la colega María Ilda Ramírez, la colega de trabajo social, entre otros colaboradores. Todo el mundo decía: “hay una colega de psicología que trabaja y tiene que ver con hogares comunitarios”, pero yo estaba ausente y, entonces, ellos empezaron a reunirse, a estudiar la Convención y, luego, a pensar en cosas que se podían hacer en la Universidad. Cuando yo llego, el tren ya está andando; yo me monto en el tren y entre María Cristina Salazar y yo hubo una química inmediata porque nos parecemos en el sentido de luchar por lo que uno cree y quiere; el primer recuerdo que tengo de esos momentos es de estar estudiando juntas el texto de la Convención, y ella nos ponía al tanto de cómo este instrumento de derechos humanos recogía la filosofía de los derechos humanos desde la versión de los derechos de 1948. Era un grupo de estudio y decíamos que podíamos hacer un curso, realizar algo de docencia, que más adelante serían los cursos de contexto donde tuvimos muy poquitos alumnos. Luego, no sé si recuerdas, Ernesto y yo consolidamos un curso sobre los derechos de los niños y las niñas en el país que, incluso, nos condujo a la Cátedra Manuel Ancizar. Entonces, el primer recuerdo es ese, construyendo y diseñando algo nuevo porque era interdisciplinario y entre facultades; queríamos hacer cursos que no estaban en los currículos porque pensábamos que podíamos hacer investigación e, incluso, el mismo contexto universitario no nos facilitaba todavía las cosas.

En ese tiempo, María Cristina nos propuso hacer un evento, ella tenía todas las conexiones, lo hicimos en el León de Greiff y se llamó *Hacia un nuevo siglo sin trabajo infantil*, y ahí fueron los corre y corre de un evento, creo que aprendimos mucho, y lo hemos seguido haciendo. Ahora, lo mío es el tema del trabajo en la primera infancia; entonces, si tú miras el Observatorio, este nace con ese impulso del trabajo infantil y tenemos un trabajo de producciones en este contexto, pero hemos dejado un poco el tema porque hay muchos actores y nos hemos interesado en otros aspectos.

María Cristina también se interesó por el tema de la primera infancia y ella tiene una publicación corta sobre hogares comunitarios y su origen. Yo creo que eso fue lo que aprendí y fortalecí con ella; también a entender una academia, una actividad universitaria políticamente comprometida. Es decir, las universidades no pueden estar encerradas sobre sí mismas, sino que, a partir de múltiples maneras, tienen que pensar el país y construirlo.

E: Te me anticipaste un poco a la siguiente pregunta, que se relaciona con la visión de María Cristina Salazar, ¿el Observatorio qué inspira a la luz de su pensamiento, sus acciones absolutamente críticas?, ¿qué conserva de este pensamiento?

MC: En cuanto al Observatorio, hoy en día y de un tiempo para acá la Universidad ha creado condiciones, proyectos muy interesantes, hay muchos con rasgos parecidos a los nuestros, que son interdisciplinarios; articulan docencia, formación e investigación en extensión, y ponen, como digo yo, “un pie fuera de la universidad todo el tiempo” para estar en escenarios que, incluso, a ojos de algunos académicos, “no serían legítimos para el trabajo de la Universidad”, es decir, Ernesto y yo no tenemos ningún problema en ir al Consejo de Política Social de Bogotá. Siempre digo que el sitio más raro donde he hecho una intervención es el Consejo Municipal de Pereira, donde hablé sobre los derechos de los niños.

Al respecto, creo que el Observatorio no es tanto que conserve las ideas de María Cristina porque realmente es algo que todos hemos construido, de la mano de una universidad que nos ha permitido construir un escenario que genera cosas muy interesantes que no hay que olvidar. El Observatorio es de un grupo de personas, amigos, colegas, jóvenes, menos jóvenes; incluso, Ernesto y yo admiramos el vínculo solidario, de amistad, de trayectos de vida que hemos construido. Te doy una idea, a mediados de diciembre, en este apartamento, como lo hacemos año tras año, hicimos una actividad de cierre, como se hace en tantos sitios y personas para Navidad, y fue impresionante, éramos más de veinte personas y, además, de distintas generaciones, quienes estuvieron con nosotros y mantienen el vínculo afectivo y la sintonía porque prácticamente todos trabajan por el mismo estilo, y para mí, María del Pilar, esto es algo que me llena de satisfacción, que el Observatorio se haya convertido en un lugar de formación de profesionales, quienes, incluso, en un momento dado a partir de su experiencia en el Observatorio, cambiaron su manera de pensar y su trayectoria profesional, como digo yo: “Psicólogos que yo pervertí para que no sean tan psicólogos”, profesionales de trabajo social, tenemos personas del área de la salud, de nutrición. Yo creo que María Cristina se sentiría muy a gusto con eso, es decir, de sembrar en otros esos ideales y convicciones, porque quien ha pasado por el Observatorio, ha tenido un proceso de formación, como ellos mismos dicen, “importante”.

Lo otro es que hemos creado conocimiento y hoy en día el Observatorio tiene una visibilidad internacional latinoamericana y estamos relacionados oficialmente con dos redes internacionales; en cuanto a satisfacciones, hay muchas, y sé que María Cristina estaría muy contenta de ver que esa se-

milla que sembró hace veinte años no la dejamos morir aunque hubo un momento en el que el grupo casi no sobrevive, pero Ernesto y yo lo mantuvimos vivo y lo hicimos crecer.

E: En cuanto a la historia con el Observatorio, ¿qué ha significado para ti como persona y profesional formar parte de un proyecto que crece, que se construye día a día y que evidentemente no está acabado, sino que, al contrario, tiene la posibilidad de tener distintas perspectivas y horizontes?, ¿cuál ha sido la mayor enseñanza que ha dejado esto?

MC: María del Pilar, para mí lo más satisfactorio es esa especie de vida paralela que llevaba: la vida política pública y el Observatorio. Mi mayor satisfacción, a partir de un cierto momento en la Universidad Nacional, es que en cualquier escenario se puede avanzar en el tema del desarrollo de niños y niñas. Pero lo más importante que me dio a mí el Observatorio y la Universidad Nacional fue un espacio generoso para que desarrollara un interés, un ideal que era incómodo para la lógica académica. Nunca olvido una vez que un colega me dijo que yo estaba trabajando para cosas que la Universidad Nacional no me había contratado, para que te hagas una idea de cómo era de incómodo. También me dieron un espacio que, además, hemos construido con nuestro sello, es un sitio maravilloso, de alegrías, de carreras, de informes, de cursos, de eventos, de invitados internacionales... y mi mayor satisfacción son mis exalumnos y exalumnas, los colegas que hoy están en otros sitios, quienes miran hacia el Observatorio, y hacia nosotros como personas que marcamos un poco sus trayectorias. Esa es mi mayor satisfacción.

E: Con la experiencia que has tenido al respecto, ¿qué será lo que nos queda pendiente no solo para desarrollar en la academia como investigación alrededor de los niños y las niñas, sino también para el Observatorio?, ¿cuál será el mayor desafío?

MC: María del Pilar, este año se cumplen veinte años de la Convención. Y yo creo que, y es doloroso decirlo pero así es, veinte años después de la Convención, Colombia sigue mostrando realidades inaceptables. Así es que el reto del Observatorio de profesionales que trabajan en instituciones que tienen que ver con los derechos de los niños y la política pública sigue siendo enorme porque si bien hemos avanzado —si uno mirara los indicadores de hace veinte años, tenemos menos niños y niñas que mueren de causas prevenibles, posiblemente tenemos mayores índices de asistencia escolar—, seguimos teniendo cosas

penosas: el reclutamiento, la incidencia de la delincuencia organizada que no solo mata a los niños, sino que también los enrola en actividades ilícitas; unos políticos que en campañas se toman fotos con los niños, pero que a la hora de tomar decisiones no son consecuentes, es decir, la agenda sigue siendo enorme.

Ahora, en estos momentos tenemos una agenda al frente, y Ernesto y yo estamos trabajando en el tema de la desigualdad y la pobreza en la infancia colombiana porque nos parece que se ha transmitido que el principal flagelo del país es las FARC, pero nosotros creemos que aun en el escenario hipotético de que las FARC desaparecieran y no hubiera confrontaciones, la realidad de nuestros niños y niñas seguiría siendo muy dolorosa por razones de inequidad y pobreza.

Es abismal la brecha entre niños y niñas de regiones o, incluso, de grupos étnicos; entonces esa es una etnia en la que estamos muy comprometidos de la mano con un grupo de trabajo con varios colegas de América Latina, incluso hace poco yo estuve en un interesante seminario en México sobre la pobreza, la inequidad y las políticas públicas para los niños en América Latina. Esta es como la agenda que tenemos en frente.

E: ¿Qué invitación harías no solamente como coordinadora del Observatorio, sino también como psicóloga, a estos investigadores que trabajan con la niñez y que tienen, digamos, esa inspiración de abogar y llamar la atención para lograr un mundo más justo y equilibrado, para que también se empiecen a cambiar prácticas y se incida en otros escenarios y contextos?

MC: Yo creo que los miembros de las universidades tenemos un papel protagónico pues tenemos la capacidad de incidir en la formación de nuevos profesionales que pueden contribuir a construir mejores oportunidades para niños y niñas y creo que es ese el escenario de formación. Yo hago una invitación a los colegas de las universidades fundamentalmente: ventilar en las aulas de clase el informe de la Comisión de Memoria Histórica, hacer una lectura crítica de lo que pasa en la prensa para invitar a los estudiantes a ocupar sus cabezas, sus corazones en estos temas. Yo creo que ahí los universitarios tenemos un papel fundamental. Esa es mi invitación.

Y a los psicólogos los invito a que no se crean tanto la psicología. Yo soy una convencida de que necesitamos profesionales investigadores y estudiosos con una mente más interdisciplinaria, más de la mano de la investigación social para que los lentes con los que miremos la realidad no sean los de las sofisticaciones disciplinares.

Ahora, yo sí creo que la invitación va dirigida a mis colegas que forman e investigan, eso es una responsabilidad enorme y una oportunidad increíble

si uno quiere incidir en los profesionales que están en las instituciones del Estado o en los colegas que están en los escenarios de toma de decisiones; es un llamado a la ética, lo correcto, lo éticamente justo, esa indignación que me recordó a *Guillo* sobre su discurso de un llamado a la ética en la academia, en la acción política y en todos y todas.

E: Para cerrar y recordar a María Cristina Salazar, ¿qué será lo que le debemos? Nos dejó un gran legado y ahora nosotros, ¿de qué seremos corresponsables o qué hemos abandonado de ese barco tan inspirador?

MC: Yo creo que le debemos una mayor visibilidad de su contribución al pensamiento social colombiano, una mayor divulgación de su obra porque no ha sido estudiada ni documentada de una manera sistemática. Hace diez o doce años la Universidad le hizo una entrevista que quedó filmada sobre su forma de ver la universidad y, en la última parte, ella hace referencia a Ernesto y a mí: “Afortunadamente el tema de los derechos de los niños ya tiene quien lo cuide en la Universidad”.

Hay una colega en el Departamento de Trabajo Social, Gloria Leal, quien hizo una recopilación de su obra. Yo siento que no tengo ninguna deuda con sus ideales; creo que Ernesto y yo hemos dado la talla a esos ideales, bueno, tal vez no al compromiso político más radical que ella tenía. Pero sí creo que le debemos una mayor visibilidad en la historia de las ciencias sociales, en la constitución de comunidades académicas en el país, eso sí se lo debemos.

E: Por último, a partir de la analogía “siendo el sol el que ilumina y el viento el que nos impulsa”, ¿qué debería iluminar la investigación alrededor de los niños y las niñas?

MC: Ya lo hemos dicho, nos debería impulsar un ideal de cambio, de transformación... Y el sol es la risa de los niños; cuando uno ve a un niño en brazos de alguien y este se ríe, eso es una maravilla (yo no hablo de condiciones materiales o de tecnología o consumo). A mí me encanta, incluso, acompañar mis presentaciones con imágenes de niños y niñas felices jugando, corriendo, leyendo un libro porque esa es la ilusión que tenemos, pero hay gente que prefiere las otras imágenes, las de los niños golpeados, llorando. Se trata de un sueño no solo de Colombia, sino del mundo.

E: Muchísimas gracias.